

Un hombre salió del grupo, se descubrió y dijo: "En nombre de la Compañía de Suez, doy el primer golpe de picueta en este terreno, que sirve a las razas de Oriente la civilización de Occidente..." Y cayó la arena con la picueta. El hombre que pronunció aquellas palabras era el Sr. De Lascars; y como se ve, su picueta ha abierto ampliamente un camino...

II

RAMALHO ORTIGAO

CARTA A JOAQUÍN DE ARAUJO.

Mi caro colega:

Recibí la carta de usted pidiéndome con prisa la biografía de Ramalho Ortigão. Creo que lo que usted desea es la biografía del espíritu de Ramalho, la historia interior, la de su talento, no la historia exterior, la de su vida.

Un hombre de letras, que no escribe sus memorias, tiene realmente derecho a que los otros no se las escriban. Por lo demás, la historia de Ramalho Ortigão cuéntase fácilmente: ha vivido con honra y trabajado con valor. Puédese añadir que nació en Porto (intelectualmente en Lisboa) y que posee dos cualidades eminentes, de gran resultado moral, raras en sus contemporáneos: no es bachiller y tiene salud. La biografía de su espíritu es más compleja.

Dícese generalmente: Ramalho Ortigão, autor de las *Farpas*; no sería inexacto decir: las *Farpas*, autoras de Ramalho Ortigão. Su obra le ha creado. Si él, hace

siete años, da a las *Farpas* tiempo, cuidados y estudio— las *Farpas* le han pagado regiamente, le han hecho. Le han dado la disciplina de raciocinio, la observación, la exclusiva fe en la ciencia, la crítica, una bella elevación moral, una forma magistral. Las *Farpas* han sido para él la gran escuela de la Ironía; Ramalho ha hecho en la ironía su educación y su carrera. El epígrafe invocativo de las *Farpas* es enteramente exacto como historia de su progreso: es la Ironía la que le ha libertado de la rutina, de la adoración de los falsos dioses y de los falsos diablos, de las mixtificaciones de la política, de las pequeñas ambiciones, de los pequeños lujos, de la infatuación, de la melancólica esclavitud de los partidos, de las supersticiones sociales y de los mandamientos transcendentales. Es la Ironía la que, haciéndolo libre, le ha hecho justo.

Ramalho Ortigão, después de las *Farpas*, es un hombre completamente distinto de Ramalho antes de las *Farpas*. Y sin embargo, aún no hace un año que yo vi un estudio pintándolo como un *janota* (1) amigo de los cortes de traje excéntricos, y juzgando el *boulevard* la más noble institución de los tiempos modernos. Esta apreciación no era una perfidia ni un error; era un viejo *cliché*, la tirada reciente de una antigua estampa, era una *rutinería*.

La rutina, en una de sus formas más estúpidas, es la persistencia terca en una primera impresión. Es el gran vicio chino. Hace dos mil años la China, en un momento de gran impulso interior, abrió los ojos del alma y concibió, en una ojeada, una cierta idea del Universo, del Hombre, del Arte y de la Sociedad; dos mil años

(1) *Janota* es una frase portuguesa casi intraducible, aplicada a los brasileños principalmente, y más expresivo que elegante, *dandy* o *mirliflor*.—N. del T.

pasaron y la China persiste impasible en la adoración y en el uso de estas concepciones primitivas. El portugués moderno tiene mucho de chino. La primera impresión que nos viene a la retina nos queda perpetuamente en el espíritu. Ramalho Ortigão, hace años (su talento podía decir hace siglos) fué visto en el Chiado (1) con un sombrero Panamá, ensalzando los méritos de Mlle. Rigolboche, la antigua Carlomagno de la prostitución; hay sujetos para quien Ramalho, a pesar de treinta volúmenes de *Farpas*, es aún hoy el hombre del sombrero Panamá y el Plutarco de Mlle. Rigolboche (2).

Yo le conocí antes de las *Farpas*. Ya tenía entonces las cualidades eminentes del cuerpo y del corazón. Era fuerte, era sano, era bueno, era alegre; pero desde el cabello a la punta de los zapatos era, en cada pulgada, un literato; más aún, era un *janota*. El sombrero Panamá era entonces exacto a los de París... París, o más bien uno de los aspectos de París; el París del *chic*, de las *cocottes*, de las operetas, de los *boursiers*, de los *jockeys*, de las bailarinas y de los pequeños tiranos:—que le dejara en los ojos y en el espíritu un gran deslumbramiento; si se hubiese entonces establecido allí, hubiera escrito con fervor en el *Figaro*; hubiera ido todas las tardes al *Bois* a curvar el espinazo delante de la librea verde y oro del personaje taciturno y caquéxico que entonces dominaba el mundo; iría, por buen gusto, a comer *chez Vachette*, con el ramo de violetas

(1) El *Chiado* es el nombre clásico de la hoy llamada Rua Garrett, con algo de las calles adyacentes, y constituye un centro de animación de Lisboa, como la Carrera de San Jerónimo en Madrid.—N. del T.

(2) Una afamada bailarina francesa que apareció por Lisboa hacia el año 70, y de quien Ramalho Ortigão fué algún tiempo *amant de cœur*.—N. del T.

de rigor, y a ensalzar las grandes ideas del reinado, bebiendo *Romanée-Imperial*; publicaría en casa de Michel Levy un volumen titulado *Cuentos del asfalto*; y, declarada la guerra, como era bravo, se hubiera alistado en los Zuavos y hubiera muerto heroicamente en Gravelotte o en Saint-Privat. En Portugal era la caricatura lisbonense de este tipo amado; decíase conservador, admiraba (Dios me perdone) a los tenores de *São Bento* (1)—de los cuales más tarde debía hacer la prodigiosa caricatura—; detestaba la Democracia, porque le suponía caspa; era entre nosotros el San Pablo barbado del *crevettismo*; escribió un libro—*En París*—que fué su carta a los Corintios; si no era integralmente devoto, juzgaba la religión un accesorio indispensable al hombre bien educado, y preferiría de seguro haber escrito *La familia Benoiton* a haber compuesto *Los Lusíadas*. Al mismo tiempo seguía siendo en la forma un literato portugués; era un purista—tenía el estilo vernáculo, *quincentista* (2), arcaico, obsoleto; expresaba sus preferencias del boulevard en el lenguaje de Bernardes (3); sus ideas eran de *dandy* y su prosa de *fraile*.

Y en diez años, por un prodigioso trabajo dentro de

(1) *San Bento* o San Benito es el Palacio de las Cortes (donde se hallan reunidas la Cámara de Diputados y la antigua Cámara de Pares del Reino, hoy Senado), designado así por estar construído sobre el emplazamiento de un antiguo convento de Benedictinos.—N. del T.

(2) Designase en Portugal con el nombre de estilo *quincentista* aquel estilo pomposo y almidonado que en el siglo XVI se formuló como la aspiración del idioma nacional.—N. del T.

(3) Diogo Bernardes, poeta clásico, cuyo año de nacimiento se ignora y que murió en 1605, autor de colecciones de poesías muy bellas, como *O Lima* (1596), *Flores do Lima* (1596) y *Rimas varias ao bom Jesus* (1594).—N. del T.

sí, sobre sí mismo, es el autor de las *Farpas*... Sus primeras revelaciones habían sido en el *Jornal do Porto*; ya entonces había en sus folletines salidas, *boutades*, repentines, chorros de vena que mostraban un espíritu original más sarcástico que irónico, petulante, amando la lucha. Mas su buena vena natural estaba inutilizada por su pesada prosa vernácula; era como un ágil jugador de *cricket* metido dentro de una armadura del tiempo de Don Sancho II; después no tenía disciplina; vagaba, entretenido con bagatelas, ocupándose ahora en fustigar a una pacata asamblea de Foz, luego a un pobre poeta lírico de la *Rúa das Hortas*. No tenía las armas modernas ni veía al enemigo moderno; su ironía necesitaba un estilo y una filosofía.

Creo que pertenecen a este período las *Historias color de rosa*. Léilas hace diez años y tengo la impresión de un libro arregladito con esmero, de este romanticismo modernizado en que los gritos de pasión plebeya son substituídos por los suspiros de la sensibilidad elegante; algo de ornamentado, satinado, precioso, de *étagère* rica; y terminando por unas páginas admirables, *La Visita de pêsames*, en que ya se entreveía el realista, el caricaturista, con los procedimientos casi científicos del escarnio.

El gran éxito de *La Lanterne*, que había puesto en moda, como sistema, la risa de oposición, dió origen tal vez a las *Farpas*; mas la intención, cábeme decir la pretensión de las *Farpas*, era más amplia, mucho más crítica; un *vaudevillista* heroico, representante de la *gaminerie* en la Revolución, lanzaba la *Linterna* contra un hombre; nosotros queríamos lanzar las *Farpas* contra un mundo. ¡Tales son los ardores, las desmedidas ilusiones de la mocedad!...

Apenas comenzó las *Farpas*, Ramalho Ortigão halló

bien pronto su forma; desembarazóse de la vieja armadura quincentista—y saltó de dentro de ella, rápido, vivo, brillante, sacudiendo su frase como una hoja de florete. Mas antes de atacar (no lo puede negar) tuvo un momento de vacilación muy perdonable, sin duda; ¡veía delante de sí, en las filas enemigas, tantos santos de su antigua devoción!... Es duro, por ejemplo, para un viejo conservador, tener que tirar estocadas al pecho del orador del Parlamentarismo, de voz sonora y presencia agradable; es duro para un antiguo literato, frecuentador de *Amor y Melancolía*, ir a perseguir, con el hierro en el puño, hasta debajo de las sayas de la Academia, a todo un pueblo agachado y trémulo de tropos y de lirismo. En vano voces exaltadas y tentadoras le decían que todo aquel grupo de abusos políticos, literarios y sociales eran antiguos reos, a los cuales el Buen Sentido y el Buen Gusto (para no invocar entidades más altas) habían formado un proceso profundo y habían condenado a muerte; estaban allí contra una pared; podía con la conciencia tranquila tirarles, según su temperamento, balas o cebollas. Ramalho vacilaba; aquellos reos eran sus dioses. Tuvo un gesto de grande y conmovedora honestidad; fué él mismo a revisarles el proceso. Volvió desolado; ¡los Dioses eran de paja!... Cabezas, corazones que juzgaba llenos, daban un sonido hueco. Y su antiguo mundo, que amara y que siempre juzgara fuerte y sano, como el mármol, ¡tenía hendiduras por donde corría la podredumbre!...

No volvió a vacilar; el folletinista *dilettante* acababa; comenzaba el libelista ilustre.

El primer fin de *Las Farpas* fué promover la risa. La risa es la más antigua y aun la más terrible forma de la crítica. Láncese siete veces una carcajada en torno de una institución, y la institución se derriba; es la

Biblia la que nos lo enseña bajo la alegoría, generalmente estimada, de las trompetas de Josué en torno de Jericó. Hay una receta vulgar para producir la risa: tómese, por ejemplo, un personaje augusto; se le alarga la lengua hasta el ombligo; estíransele las orejas en una extensión asinina; rásgasele la boca hasta la nuca; pónesele un sombrero de picos de papel; se redobla el tambor y se llama al público. ¡Mal método, mi caro amigo! Apenas la multitud ríe su risa y sale—el personaje encoge la lengua, contrae las orejas, frunce la boca, esconde el sombrero de picos y continúa siendo augusto. Las *Farpas* tenían completamente otro procedimiento: era obligar a la multitud a *ver verdadero*. Un gran pintor de París decíame el año pasado: *La multitud ve falso...* Ve falso, sí, en Portugal sobre todo. Por la aceptación pasiva de las opiniones impuestas, por el apagamiento de las facultades críticas, por pereza de examen—el público ve como le dicen que es. Que mañana el *Diario de Noticias*, o bien otro órgano estimado, declare que el Hotel Alliança, en el Chiado, es una maravillosa catedral gótica, que insista sobre esto en las noticias locales y en el folletín;—y dentro de una semana el Público vendrá a hacer en el *largo do Loreto* (1) semicírculos extáticos y verá, positivamente verá, las ojivas, las rosáceas, las torres, las maravillosas esculturas del Hotel Alliança. Uno de los fines del arte realista es obligar a *ser verdadero*. Las *Farpas* tenían esta manera—hacer reír del ídolo, mostrando por debajo el maniquí. Ramalho Ortigão era admirable en estas

(1) *Largo do Loreto* es una pequeña plazoleta que se forma casi al final de la *Rua Garret* antes del *Largo das Duas Igrejas*, remate de la calle y desde la cual arranca la *Rua da Trindade*, en cuya esquina está el *Hotel Alliança* aún hoy. *N. del T.*

demostraciones. Por ejemplo, un orador ilustre hablaba en San Benito; nadie como Ramalho para recoger en una bacía los períodos escurridos, y mostrar al público que aquella elocuencia sublime eran las heces biliosas de viejos compendios ilustrados.

Para hacer esto era preciso cierto valor. Los franceses dicen: es necesario aullar con los lobos. Yo digo: es útil balar con los carneros; gánase la estimación de los anodinos, las cortesías de los sombreros de copa, palmas suaves en el hombro, de la mañana a la noche un chorreo de gloria. Mas ir a sacudir e incomodar el reposo de la vieja tontería humana, trae inconvenientes: vienen las pequeñas calumnias, los pequeños odios, las sonrisas amarillas, la cicuta de Sócrates en las cucharas. Con todo, Ramalho Ortigão fué siempre estimado; creo que nunca en los periódicos, ni en ese gran *Diario de Noticias* hablado que se llama en Portugal conversación, se removió seriamente cicuta para Ramalho. Esto, dicen los escépticos, proviene de que generalmente en un país civilizado y donde el árnica no es barata, se respeta una conciencia límpida que usa una garrota sólida. De ningún modo: proviene de que Ramalho Ortigão no ha puesto acedumbre en su ironía.

*Il n'y a pas d'enfer dans le feu de la forge.*

Nunca odió. Casi es inútil decir que nunca envidió. No hace privilegios ni tiene resentimientos; cuando yo, su mejor amigo, escribo una página mediocre (lo que me sucede diabólicamente con frecuencia) me lo dice en seguida, furioso; que B. le insulte hoy, aplástale el cráneo; que B. escriba mañana *Los Lusíadas*, bésale las manos.

Este culto de la justicia fué, desde que comenzó *Las*

*Farpas*, su religión. Y por el principio de que un poeta debe ser tan poético como sus poemas y un moralista tan moral como su enseñanza—aplicábase la justicia a sí mismo con un fervor de místico. Decidido a dirigir las *Farpas* contra todo lo que no fuese recto, en la intinidad hacía a veces *Farpas* terribles contra sí mismo; si sentía un desfallecimiento, o una parcialidad, o un despecho, o una pereza, o una tentación, meditaba y recitaba artículos terribles contra Ramalho Ortigão. Cuando, debajo del crítico, quería reaparecer el dandy, lanzábale dichos tan crueles, tiradas tan centelleantes, que el dandy, envuelto en la tempestad, sumiase, como un diablo de magia, en las capas del subsuelo. “Querido (me enseña muchas veces), cuando se critica a otros, es necesario ser irreprochable.”

No me compete a mí, su colaborador de entonces, hablar de ese primer período de las *Farpas*. A veces releo uno de esos viejos números; y la verdad es que mis artículos parécenme anticuados, fríos como un mosaico, de una gracia senil, completamente deshojados; y en los suyos ¡qué vigor! ¡qué frescura! ¡qué color!... Conservan todo el calor con que fueron escritos; la risa tiene la misma sonoridad cantante. Es que el verdadero espíritu de *Las Farpas* estaba con Ramalho. Yo hallábame en aquella publicación, no completamente como Pilatos en el Credo, porque esta comparación sería irreverente para *Las Farpas*, pero sí como un curioso en una profesión ajena. Yo era un *dilettante* de oposición. Y para Ramalho Ortigão *Las Farpas* eran su obra: iban tomando ya para él la gravedad de una misión.

Habían sido hasta entonces simplemente un instrumento de demolición; una pequeña catapulta, barnizada, de madera negra, con herrajes muy lustrosos;

—ora aplicada contra un ridículo, un abuso, un vicio, un sistema; ora más alto, contra una institución; casualmente, rara vez, contra un individuo, tipo, símbolo de tendencias o de ideas—; rara vez, porque él y yo teníamos horror a los nombres propios; en las pruebas, antes de peinar los períodos, eliminábamos los nombres propios.

Mas Ramalho Ortigão ya en esa época pensaba en dar a *Las Farpas* un giro más amplio. Estaba cansado de reír, decía. *Las Farpas*, según la declaración del editor, tenían dos mil suscriptores; esto representaba de cinco a seis mil lectores; aprovechando tal auditorio (proponía él) ¿no podríamos enseñarle algunos principios?... Quedé aterrado: ¡enseñar! Yo era y soy aún, en filosofía, un *touriste* fácilmente cansado; en ciencia un *dilettante*... ¿Convertir la alegre y pequeña catapulta en una cátedra de profesión?... Me fui prudentemente para La Habana (1).

Y Ramalho, solo, hizo las nuevas *Farpas*, las buenas, las grandes, las ilustres. Son las que realmente me agradan. Las otras estímolas por los recuerdos que me traen de ese tiempo alegre y mozo; éstas admírolas por su valor moral y literario, ámolas por la gloria que dan a mi amigo.

(1) Alude Eça de Queiroz a su viaje a las Antillas españolas, adonde fué destinado como cónsul por decreto de 16 de marzo de 1872, firmado por el Ministro de Negocios Extranjeros, João d' Andrade. En La Habana tenía su residencia y allí permaneció hasta 29 de noviembre de 1874, en que fué destinado a Newcastle (Inglaterra) con el paréntesis de una larga licencia, que aprovechó en viajar por el Nuevo Mundo (desde 30 de mayo a 15 de noviembre de 1873). Este viaje lo recuerda el propio autor muy de refilón en uno de sus libros: *Emquanto eu errava pela America, pelas Antilhas, pelas republicas do golfo de Mexico*. (*Correspondencia de Fradique Mendes*, cap. IV.)—N. del T.

Para enseñar hay que cumplir una formalidad: saber. Y Ramalho hacía tiempo que andaba cumpliéndola con ardor: entraba en la Ciencia con la exaltación de un convertido. Reconoció que el moderno hombre de letras debe poseer en una generalidad suficiente los principios del movimiento científico-contemporáneo:— y como un guerrero que en un arsenal se arma rápidamente para una batalla urgente, comenzó a proveerse de los elementos esenciales de la filosofía, de la economía, de la moral, de la política, de la historia, de las bellas artes, de la ciencia, de la industria. Fué un período de su vida muy grave, de una gran elevación moral, casi religioso. La ciencia dió al pamphletario el deslumbramiento que París había dado al dandy; tornóse su preocupación, su fin, su vicio y, además, su fuerza. ¡Con qué ardor trabajaba!... ¡Como si tuviese delante de sí un monte de dos mil años de ciencia y sólo doce horas para desbrozarlo!...

Naturalmente, su trabajo tenía tal vez aún la irregularidad de la precipitación; iba del socialismo a la astronomía, de la historia a la química, leyendo hoy un estudio sobre el jubileo de Bonifacio VIII, mañana un *compte-rendu* sobre la refinería de azúcar. Henchíase de nociones, de hechos, de puntos de vista, de ideas. Y dábalo todo a *Las Farpas*: ellas eran entonces como una ventana abierta, por donde entraban hacia el país grandes ráfagas de civilización y de educación, irregulares y sin método, como todas las ráfagas; mas bariendo los miasmas y trayendo siempre alguna buena simiente. ¡Qué admirable, por ejemplo, el volumen dedicado a la *Instrucción en Portugal*!... La pedagogía le había atraído constantemente; el espectáculo de una generación atrofiada de espíritu y raquíca de cuerpo desconsolábale; y no ha dejado de pedir una reforma

de la educación que haga los cuerpos sanos y las almas libres.

Algunos amigos nuestros hallaban entonces (y se lo decían) que *Las Farpas* tenían un excesivo aparato científico; y que él, como acontece a los pobres que heredaban grandes fortunas, no podía casi sacar el pañuelo del bolsillo sin mostrar hábilmente mazos de billetes de banco. Yo mismo se lo censuré, me figuro; parecíame que esta torciendo la vocación de *Las Farpas*; éstas eran una sátira y no un curso. En la legión asiática del cristianismo—había la legión de los iconoclastas para derribar los ídolos, y detrás la cohorte de los apóstoles para fundar la Ley Nueva. *Las Farpas* eran iconoclastas; venían a dismantelar las estatuas olímpicas; debían dejar a los San Pablos el cuidado de plantar las cruces; pero en el fondo él tenía razón: no esparcía erudición por vanidad, sino por filantropía. Veía al país en una ignorancia crasa, frailesca; y con la liberalidad de un filántropo que considera de los pobres todo el dinero que gana, apresurábase a arrojar profusamente a los destituidos de talento todo su peculio de ideas. Y después tenía otra razón: que los de su generación, que con gran ciencia y autoridad podían enseñar, persistían en un silencio impasible. Realmente, a no ser el silencio de Anthero de Quental, el mayor de todos, la más poderosa organización filosófica y crítica de la Península en este siglo, silencio impuesto hasta ahora por la enfermedad, ¿cómo explicar la mudez marmórea de los demás?... Hace casi doce años apareció, venida en parte de Coimbra, en parte de aquí, en parte de acullá, una extraordinaria generación, educada ya fuera del catolicismo y del romanticismo, o tendiendo a emanciparse de ellos, acogiéndose exclusivamente a la Revolución y para la